

El mitin del domingo

El pueblo productor se alza imponente, demostrando su fuerza y su decisión revolucionaria

«Tenemos dos enemigos: reacción y republicanismos», dice Arturo Parera. — «La República se apoya en cuatro guardias de Asalto que todavía no se han hecho monárquicos» afirma García Oliver

El domingo 14, se celebró en el Palacio de la Metalurgia, de la Exposición, el mitin organizado por la Federación Local de Sindicatos Unicos, constituyendo un éxito magnifico, tanto por la concurrencia numerosisima que a él asistió, como por el entusiasmo revolucionario de los oradores y por la calidad de sus discursos.

Mucho antes de que se abrieran las puertas del local, habianse congregado ante el Palacio de la Metalurgia grandes grupos de compañeros, entre los que abundaban las mujeres. A la hora de comenzar el acto, hallábase atestado el amplio local, habiendo de quedar fuera de él muchísimas camaradas a las que el acceso les fué materialmente imposible.

Abierto el acto por el compañero Miguel Terrén, expuso la finalidad y la significación del mitin, concediendo a continuación la palabra al compañero

ARTURO PARERA

Dice que en estos instantes la organización sindical de la Confederación Nacional del Trabajo tiene trazada una orientación definida, pero que es necesario hablar claro, para que la conozcan todos, amigos y enemigos. Analiza la actuación de los republicanos, llegando a la consecuencia de que los que así se llaman han auxiliado a la reacción, posibilitando su última tentativa. Todos esperan que en las actuales circunstancias, la C. N. T. hubiese gastado en vano sus energías, pero ha sabido conservar sus fuerzas y su capacidad para cuando estime oportuno implantar el comunismo libertario. Hay partidos que tienen interés en que se produzcan algaradas que debiliten al pueblo revolucionario, pero son inútiles todos los viejos procedimientos. De nada sirven ahora ni las persecuciones, ni los confidentes y perturbadores, ni las clases gubernamentales, ni el afán por disgregar la consistencia revolucionaria de la C. N. T. El ambiente de capacitación y de

responsabilidad de la masa sindical revolucionaria española ha tras pasado las fronteras para ofrecer el espectáculo de un pueblo de trabajadores conscientes que sabrán vencer todos los obstáculos que a su marcha se opongan. Ha causado sensación ver la conducta serena de la Confederación ante las inútiles intenciones reaccionarias. El pueblo ha mostrado una disciplina jamás igualada que le augura la victoria.

Habla de la amenaza socialista queriendo imponer con la complicidad del Gobierno las Comisiones mixtas y afirma que si se intentara realizarla, el pueblo revolucionario respondería con energía, y si no fuese conveniente la respuesta inmediata, la C. N. T. escogería el momento más propicio para la lucha.

Rechaza las insidias lanzadas haciendo suponer que la organización nacional ha hecho defensa alguna del régimen republicano. No defendemos ningún Estado — dice — sino nuestros ideales y nuestros intereses de clase.

Explica las medidas tomadas por la Confederación ante los acontecimientos que, por su limitación, no han hecho necesario emplear la fuerza de las organizaciones obreras, bastando que hiciera acto de presencia para que fracasaran las tentativas de la reacción.

Tenemos dos enemigos: reacción y republicanismos. Hay que combatir primero a la reacción y cuando el instante llegue, a la República también. Combatir a la vez contra dos enemigos que no vacilarán en unirse, sería falta de reflexión, y nosotros no somos ni locos, ni irreflexivos.

Combate después los manejos de la Generalidad contra la Confederación Nacional del Trabajo valiéndose de la F. O. C. y de los socialistas, traidores del pueblo. La Generalidad recoge para su obra nuestro seno por traidores y ambiciosos. Pero es perro que ladra y no muerde. Recomienda a todos los

compañeros que se preparen para cuando sea necesaria y oportuna la lucha en la calle, haciendo la ofrenda de la vida si es preciso. Entre tanto, deben todos laborar para que pronto resplandezca, no sólo en Cataluña, sino en España toda, las banderas rojas del pueblo. Todos cuantos enemigos se opongan a nuestro paso perderán el tiempo; al darles la batalla en

las calles los sindicalistas deben todos portarse como hombres. Habla después el compañero

FRANCISCO ESGLEAS

Tras unas elocuentes consideraciones acerca del significado y de las orientaciones de la Confederación, afirma el orador que si los obreros tuvieran el menor interés en defender la República, ellos solos se bastarían siempre para que

La "sagrada" cosecha en Andalucía

Para tratar de justificar los injustificables atropellos de que son víctimas los trabajadores, para agrandar a sus amos, los terratenientes andaluces y de toda España, los embusteros gobernantes que hoy nos desgobernán, dieron en proclamar que este año la cosecha de cereales era "sagrada" y que los que declaraban huelgas y otros actos de defensa del salario, eran más que nada con el propósito de perturbar el "orden" y de ir contra la economía nacional. Así, el gobierno, personificado en el ex-gobernador "Casarillos", o más aún, en el fatidico Sol Sánchez, pone todas las fuerzas (fuerza bruta), de la prostituta república en defensa de los terratenientes y descaradamente en contra de los obreros campesinos.

Ya la "sagrada" cosecha está en Andalucía, generalmente recogida y medida en los graneros de sus dueños. Los campesinos que la han recolectado; los "bandidos con carnetes" que han sufrido los calentamientos de este año andaluz; los "perturbadores" de la economía nacional, que son los que han llevado a término las faenas agrícolas, tienen hoy el mismo capital que tenían ayer: hambre.

¿Para quienes, entonces, es sagrada la cosecha? Los obreros campesinos están ya, aunque en muchos sitios se han dado de alta, en paro forzoso general. Las injustas bases que prepararon los "técnicos" de la república de va-

gos, permitieron que la máquina lo zegas y trillase todo en cuatro días. Y los campesinos que durante todo el invierno no se han hartado de pan y esperaban hartarse en el verano, no han podido conseguirlo, gracias al interés que el gobierno republicano pone en defender al obrero. Y ahora, después de recogida la cosecha "sagrada", se encuentra que no tiene más pan que las balas y los mamporros de las benemérita y gloriosas instituciones democráticas y republicanas.

¿Qué le importa al campesino que le gobiernen monárquicos, dictadores, republicanos o socialistas si todos ponen la fuerza (ya que no la razón) al servicio de los ricos. ¿La cosecha sagrada? ¿Sagrada para quien? Para los terratenientes. Para los "amos". Para quienes lo fué siempre. En pago de este servicio que el Estado fascista español presta a los "ciudadanos" dueños de la tierra de la industria, del comercio, la banca, etc., los desertores del trabajo que han ascendido a la categoría de ministros y diputados, reciben la limosna de los amos del dinero, que son aun los amos del gobierno entero y a cuyo servicio exclusivo están hoy como ayer todas las instituciones y todas las personalidades lacayunas que ensucian las columnas de la prensa burguesa y política.

¿Cómo se contestó con hechos como los de Arnedo, el parque de María Luisa y otros. A los que pedían pan, les contestó y les con-

fracasaron todas las intenciones de monárquicos y reaccionarios. Lo prueba lo sucedido en Sevilla, en donde los trabajadores supieron hacerse los dueños de la situación en cuanto se propusieron terminar con los planes de Sanjurjo. Si todos los trabajadores de toda España se dieran cuenta de su fuerza, en un momento determinado podrían hacer lo mismo que en Sevilla se hizo.

Los trabajadores deben pensar no sólo en prepararse, sino también en aprovechar todos los movimientos que se produzcan, como en la capital andaluza ha ocurrido.

La C. N. T. no puede prestar apoyo a la República aunque combatida la reacción monárquica, porque no puede olvidar nadie los ciento ochenta muertos de Maura, las víctimas de Casares Quiroga, las deportaciones todavía mantenidas, y las cárceles llenas de compañeros. ¿Cómo es posible que defienda la C. N. T. a una República que así obra contra ella? Si la C. N. T. hubiera tenido sus cuadros plenamente dispuestos para aprovechar el reciente movimiento reaccionario monárquico, habría implantado ya el comunismo libertario.

Reafirma el apoliticismo de la C. N. T. Ataca a los que desde la tribuna y en cualquier aspecto intentan desorientar a los sindicalistas, lo que no consiguen, porque la C. N. T. está inspirada por la Anarquía. Ataca rudamente a los que llama enrolosados en la Generalidad que a ella se aproximaron con intenciones y fines bastardos.

Los trabajadores no pueden defender a la República, porque también ella, como la Monarquía, es un régimen capitalista, sostenido por la autoridad, por la autocracia y por la dictadura. Aquellos que se fusionaron con el actual régimen han podido ver lo que ha dado de sí. Esperaban que les diera satisfacción para sus problemas, pero les ha contestado con hechos como los de Arnedo, el parque de María Luisa y otros. A los que pedían pan, les contestó y les con-

testa con la guardia civil que sigue defendiendo todo el sistema anterior de capitalismo y explotación.

La República es igual a la Monarquía porque como ésta se basa en la propiedad, que es la negación de la libertad. El obrero, en ella, no tiene ningún derecho y se le niega hasta el de subsistir al negársele el derecho al trabajo.

Ataca energicamente el régimen capitalista y termina diciendo que los obreros deben consumir lo que producen. Cuando el pueblo productor se percate de su verdadera fuerza, habrán terminado para siempre los regimenes de monarquías y repúblicas y se impondrá la nueva sociedad propugnada por la Confederación Nacional del Trabajo antipolítica y antiestatal. La C. N. T. hará el movimiento liberador cuando lo estime oportuno. Mientras tanto, los obreros deben comprender su potencia contra la que no habrá valia que resista.

Seguidamente, usa de la palabra el camarada

GARCIA OLIVER

Como los oradores que le han precedido, define la posición de la C. N. T. en las circunstancias presentes, añadiendo que los militantes no han de justificar, sino explicar la conducta seguida y las razones que la han determinado. Hay que explicar lo que la tentativa reaccionaria representaba para la C. N. T. Comparando los hechos de 1923, que sin violencias trajeron una dictadura perniciosa para los obreros, a pesar de haber sido su actuación acorde al modo de implantarla, y la forma sangrienta en que hubiera comenzado la que ahora se pretendía establecer, al triunfar el movimiento se hubiera estado con ferocidad en los elementos que para su existencia considerase peligrosos: los obreros revolucionarios. Estos elementos no hubieran sido los políticos que facilitaron la huida de los monarcas. La nueva dictadura hubiera establecido el fascismo, y basta mirar el hitlerismo para comprender que todo fascismo

HOY Y MAÑANA EL TRABAJO AGRADABLE

En la actual sociedad capitalista la inmensa mayoría odia el trabajo, rehuyen de él, lo detestan, y cuando los anarquistas cantan las excelencias de la sociedad libertaria que preconizan, por la que luchan, por la que son perseguidos como malvados, por la que son enjaulados como fieras temibles, por la que son apartados a islas desoladas de fiebre y de muerte y por la que siguen luchando a pesar de todo, dispuestos a dar la vida siempre; cuando los anarquistas cantando su ideal, hablan del factor trabajo, algún profano se atreve a decir en tono inocente o en tono jactancioso: "Entonces, sin nadie que obligue a trabajar, nadie que haría hacer nada porque a nadie le gusta trabajar".

En verdad que es gran atrevimiento decir esto sin haber meditado antes.

Se odia hoy el trabajo por múltiples motivos, entre ellos: Por la desigualdad social; porque vemos que mientras nosotros trabajamos para producirlo todo, otros no hacen nada y se aprovechan de nuestra producción moviéndose de nuestro esfuerzo; porque observamos que nosotros trabajando no poseemos nada y otros sin trabajar lo poseen todo; porque labramos la tierra, la segamos con sudor, lágrimas y sangre, sembramos, recolectamos los frutos, los labramos y luego carecemos de ellos, estamos hambrientos; porque bajamos a las entrañas de la tierra, sacamos el mineral, lo transportamos a los altos hornos, a las fundiciones, construimos las variadas máquinas, las hacemos funcionar, labramos las materias primas y no disfrutamos de nuestro propio producto; fabricamos tejidos con nuestras máquinas, confeccionamos vestidos y trajes y andamos andrajosos; fabricamos calzado y andamos descalzos; construimos la locomotora, el transatlántico, el aeroplano, el automóvil y otros que andar y que otros viajan placidamente; construimos portentosos edificios y vivimos en miserables buhardillas, mientras otros se recrean a sus anchas; nos internamos en el bosque, cortamos leña, hacemos carbón y nos morimos de frío en invierno; creamos y construimos el teléfono, la radio, el

cine, el teatro, etc., y de nada disponemos; cazamos y las mejores piezas son para el señor; nos internamos mar adentro en fragiles barquillas para pescar, y nuestra pesca no llega a nuestra casa; bajamos a las profundidades del mar para sacar piedras preciosas que luego vemos lucir en las manos y en el pecho de elegantes señoritas.

Se odia el trabajo porque es agobiador, superior a nuestras fuerzas, porque es impuesto para poder vegetar, porque los lugares donde se efectúa no reúnen condiciones de ventilación, higiene, etc., porque tras nosotros tenemos el capataz que nos fustiga, porque no se nos permite elección de labores y tenemos que trabajar en trabajos que no nos agradan, por los cuales no sentimos afección; porque la retribución es desigual; porque cuando estamos enfermos nadie nos garantiza lo necesario para vivir y tenemos que trabajar sin fuerzas; porque cuando llegamos a viejos nadie se cuida de nosotros y tenemos que seguir trabajando si no queremos morir en la calle mendigando, o en el hospital abandonados.

Porque vemos a ancianos de 70 años trabajando, en tanto jóvenes robustos pasean en autos lujosos, elegantemente vestidos, luciendo carísimas joyas; porque trabajando, en fin, pasamos hambre y necesidad.

Por todo esto odiamos el trabajo, como odiamos la sociedad, como odiamos incluso las máquinas producto de nuestro esfuerzo, porque ellas, lejos de aliviar nuestro trabajo reduciendo la jornada, nos lanzan a la desocupación y no nos permiten ya ni vegetar con el jornal misero.

Pero pasemos a organizar la Sociedad sobre bases equitativas y justas; pasemos a armonizar la vida sobre bases de respeto y dignidad; eliminamos los horribles y pueblos; derrocamos la Sociedad burguesa con su anticuada y vetusta moral, con todo su lastre; abolimos el Estado coercitivo; aplastada la Iglesia castradora; alejando de nosotros los falsos conceptos de patria, moral, familia, religión, propiedad, etc. y veremos como el trabajo, hoy odiado por todos, se torna en agradable, en

imprescindible y es por todos amado y admirado, porque sin el trabajo nada existe, sin él no existiríamos nosotros mismos.

Supongamos por un momento que el hecho revolucionario de la triunfo al proletariado, emancipándolo de la explotación capitalista y la tiranía del Estado. Las tierras, las minas, los talleres, las fábricas, las máquinas, los útiles de trabajo, los edificios, toda la riqueza social declarada propiedad común de todos. Abolidas las clases, siendo trabajadores, obreros, productores y consumidores todos. La maquinaria empleada en toda su amplitud y repartido entre todos el trabajo, y hagamos un breve cálculo circunscribiéndonos a España: Tiene España actualmente 25 millones de habitantes. De ellos, suponemos las familias en un promedio de 5 personas, de entre las cuales sólo trabaja una, tenemos que, descontados mujeres, ancianos, enfermos y niños, sólo trabajan 5.000.000. De estos 5 millones tenemos desocupados por crisis del régimen capitalista 1.500.000, quedando, por tanto 3.500.000. De estos 3 millones y medio podemos deducir 1 millón: Fríales, curas, abogados, jueces, magistrados, empleados del Estado, guardia civil, asalto, seguridad, carabineros, policía, ejército, rentistas, comerciantes, corredores, estafadores, políticos, gobernantes y cuantos nada producen y ningún trabajo útil para la sociedad efectúan, y nos quedan 2 millones y medio de trabajadores útiles y productores que tienen que trabajar para que vivan 25 millones de seres. Y si estos 2 millones y medio de obreros producen para mantener a los 25 millones trabajando 8 horas de jornada, el trabajador los 6 millones, incluyendo los parásitos y los que están hoy en paro forzoso tendrían que para producir lo mismo trabajarían la mitad, o sea 4 horas solamente. Esto, aparte de que la producción es mayor si trabajan 6 millones a 4 horas que 2 millones y medio a 8 horas, porque el rendimiento de 4 horas de trabajo, jornada natural, es, guardando la consiguiente proporción, superior al rendimiento de 8 horas, jornada extenuadora. Dos trabajadores empleando 4 horas cada uno

prestan más rendimiento que uno solo en 8 horas. ¿Y qué diremos si se emplean las múltiples máquinas que hoy hoy paralizadas? ¿Y qué diremos también si el trabajo se efectúa en lugares adecuados y los trabajadores se emplean en aquellas labores de su agrado, por las que sienten preferencia? Indiscutiblemente el rendimiento es mayor. Ahora bien: ¿Es bastante la producción actual a las necesidades amplias de los 25 millones de habitantes? Si observamos que la mayoría carecen de lo indispensable diremos que no; pero si nos detenemos a examinar lo superfluo, los grandes almacenes abarrotados de mercaderías que se deterioran y se pudren, y las partidas importantes que son arrojadas al mar para tener alto el precio de cotización en el mercado, convenimos en que hay sobreproducción.

Y con un reparto justo y equitativo de productos, no según el rendimiento que sería injusto, sino según necesidades, que determina el apoyo mutuo, base de nuestra futura sociedad. Cuando los trabajadores se sintieran dueños en común de todo lo existente y vieran que con un esfuerzo útil de unas horas de trabajo en el lugar y labor que prefieran, tendrían todas las necesidades cubiertas, en sus distintos aspectos: económico; ropa, calzado, alimentación, etc.; artístico: teatro, cine, pintura, cultura, poesía, etc.; recreativo: deportes varios, radio, etc.; científico: escuelas, universidades, observatorios, laboratorios, etc., etc. Cuando vieran que todo estaba a su disposición, que nadie había superior ni inferior a ellos, que trabajaban para sí en fraternal comunidad, sin jefes y sí con la observación cariñosa de camarada más entendido en determinada materia. ¿Quién odiaría el trabajo, quién se negaría a trabajar? Cuando observáramos que nuestros hijos tenían buenas escuelas donde desarrollar su inteligencia que en cada trabajador tenían un padre y en cada mujer una madre, que nosotros en los casos de accidentes (reducidos a la mínima expresión por el cuidado y la previsión especial), continuaríamos siendo atendidos por todos con esmero;

que al llegar a una determinada edad cuando las fuerzas físicas ya no pudieran con el trabajo, tendríamos igualmente el apoyo sincero y cariñoso de todos; que los enfermos tenían un trato esmeradísimo. ¿Quién se negaría a trabajar, quién odiaría el trabajo?

Cuando el que siente afección por la mecánica se pudiera dedicar a ella; el que siente preferencia por la carpintería igualmente; el que quisiera el campo pudiera libremente trabajar y así todas las labores con arreglo a las preferencias de cada cual; y no sucediera como hoy que el hijo del zapatero tiene que ser zapatero también, aunque tenga vocación por la mecánica; el hijo del albañil tiene que aceptar el oficio de su padre aunque sienta afección por la carpintería o por la herrería, porque no tienen medios de hacer el aprendizaje, por lo cual va el arte en decadencia, ya que quien siente afección por un oficio, difícilmente puede ser un gran artista en otro que no le agrada, mientras si lo sería en el que él libremente escogería; ¿quién en el primer caso odiaría el trabajo, quién se negaría a trabajar?

Además de que la máquina suplía progresivamente al hombre en los rudos trabajos que haríamos equitativamente. Las minas, los talleres, las fábricas, etc., tendrían ventilación, higiene, luz y los trabajos en franca camaradería serían agradables, imprescindibles. El trabajo es tan necesario como el alimento, para la salud y la vida. Todos nuestros movimientos pueden tener un rendimiento útil, sabiendo organizar, administrar.

¿Y cómo se conseguiría todo esto? Sencillo. Vamos a circunscribirnos ahora a un simple pueblo, que tiene un Sindicato único de trabajadores con sus respectivas secciones: Campesinos, albañiles, carpinteros, zapateros, herreros, sastres, panaderos, barberos, etc. Toda la riqueza del pueblo es de la comunidad. Los burgueses una vez expropiados, junto con los antiguos parásitos han elegido una labor determinada y ya son todos trabajadores. El municipio lo componen las distintas secciones del Sindicato. Una comisión nombrada en asamblea general se encar-

ga de ver en principio las necesidades con arreglo a la población para nivelar la producción, y los trabajadores laboran con arreglo a las necesidades, que hay pocos zapateros, de los oficios que haya más, ayudan accidentalmente a los zapateros con la mayor voluntad. La producción se lleva a cooperativas por barridas o distritos y los hoy dependientes de comercio hacen la distribución. Los Comités de relaciones del Sindicato se encargan de pedir al pueblo próximo, comarca o región, los productos que necesitan y en cambio enviarán los que en el pueblo sobren. Transportes y comunicaciones funcionarán como hoy, en reducida proporción al anularse el comercio. Escuela, Sanatorio, Teatro, Cine, Radio, todo funcionará normalmente bajo las normas acordadas en asambleas generales. Nadie se creará superior ni inferior a otro, y se obrará el bien porque el ambiente será refractario al mal y no lo dejará desarrollarse.

En una sociedad donde todos estén voluntariamente obligados a trabajar, el vago no puede existir porque perdería el aprecio de todos y ¿quién puede vivir despreocupado de todo el mundo? El trabajo, pues, no es malo, como no son malas las máquinas, es mala la organización de la Sociedad que prostituye el trabajo, que tergiversa el empleo de las máquinas. Cambiemos la organización de la Sociedad de forma que la propiedad individual y privada dé paso a la propiedad común. Hagamos que las máquinas estén al servicio de la Comunidad. Dignifiquemos el trabajo, humanizándolo y nadie habrá que odie y maldiga el trabajo.

Solamente una sociedad de vagos determina la vagancia. El trabajo es agradable cuando es voluntario y no es superior a nuestras fuerzas.

Para dignificar el trabajo, hay que derrocar la sociedad burguesa e implantar el comunismo libertario. Derroquemos la primera. Implantemos el segundo.

ALFONSO NIEVES NUÑEZ

Burdeos, agosto de 1932.